

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Chiara Bolognese/Fernanda Bustamante/Mauricio Zabalgoitia (eds.): *Este que ves, engaño colorido... Literaturas, culturas y sujetos alternos en América Latina*. Barcelona: Icaria editorial 2012. 481 páginas.

Libro inaugural de la serie “Los Tiempos del Mito”, de la editorial Icaria y enmarcado por el diálogo iniciado por dos proyectos de investigación, “Presencia de la mitología prehispánica en la literatura iberoamericana” e “Inventario de mitos prehispánicos”, busca reflexionar sobre el impacto de las configuraciones mitológicas en el imaginario social y el discurso simbólico de las sociedades, la cultura y la literatura latinoamericanas desde el lado de las subjetividades excluidas del canon. Destruirlo del “occidentalismo epistémico” (p. 12) para ofrecer una lectura situada política e ideológicamente en las coordenadas de las actuales condiciones de existencia, producción y subjetivación de los individuos de la región es tarea primordial del volumen. El libro busca “una vertiente de estudio de los fenómenos literarios, culturales y subjetivos de América Latina –y sus latinoamericanismos– [...] –partiendo de espacios difíciles, aunque incuestionables– los de los sujetos múltiples, complicados de leer/escuchar/ver” para quienes esta colección viene a resituar “esas formas radicales, fragmentadas, discontinuas, mal llamadas ‘otras’”. (p. 13) Organizado en nueve capítulos, los ensayos reunidos comparten la idea de realizar una lectura a “contrapelo” (p. 13) de la supuesta coherencia occidentalizada de la cultura latinoamericana enfatizando el carácter paradójico e irreconciliable de sus procesos, estructuras y sujetos. El mapa de la región incluye

ejemplos de México, Cuba, República Dominicana, Nicaragua, Colombia, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, utilizando una vasta gama de artefactos culturales y aproximaciones disciplinares. Una característica peculiar del volumen es la identificación de muchos de los autores con su objeto de análisis haciendo en varios casos de la escritura ensayística un ejercicio autobiográfico muy productivo metodológico y críticamente. A pesar de lo anterior, como ocurre a menudo con este tipo de trabajos, la calidad de las reflexiones es irregular, con algunos artículos desmarcados de la propuesta inicial, mientras otros contribuyen de manera contundente a la discusión propuesta con un pensamiento original y notable.

El libro apunta a cuestiones centrales del debate latinoamericano contemporáneo, enfatizando la discusión sobre cultura en conjunto con la del sujeto periférico, marginal o abyecto y su crisis colectiva. El pensamiento latinoamericano nucleado alrededor de los ejes de identidad, cultura y desarrollo, representado en nombres como los de Ángel Rama, Cornejo Polar, Arguedas o Ileana Rodríguez, aparece repetidamente en los textos compilados. Echamos en falta, sin embargo, las contribuciones de Fernando Ortiz, Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, José Joaquín Brunner, Norbert Lechner, Silvano Santiago, Carlos Monsiváis, Renato Ortiz, Beatriz Sarlo y Nelly Richard, cuyos aportes no aparecen referidos en las discusiones propuestas. Notamos también un tono victimista de las aproximaciones apoyado en bibliografías que reproducen, por la falta de presencia de pensadores locales, un cierto colonialismo epistémico. A pesar de lo anterior, el volumen presenta contribuciones notables

ya sea por el calibre del pensamiento o por la novedad del campo de trabajo.

En “Literaturas, sujetos y culturas: teoría y crítica” destaca el excelente ensayo de W. Rowe, “Dialéctica peruana de la Ilustración”, en el que el autor realiza un contrapunto entre las visiones intelectuales de Arguedas y Vargas Llosa en torno a la “modernidad andina” y sus anclajes temporales míticos en la subjetividad individual y cultural.

El segundo apartado, “Puntos de vista: varias literaturas, varias subjetividades”, está compuesto de cuatro ensayos que abordan la representación del “Otro” y de la Historia. Destaco tres. El estudio de H. Usandizaga trabaja con el blog *Hawansuyo*, del peruano Freddy Roncalla. La autora sitúa al blog como un espacio “a caballo entre la subalternidad y la hegemonía” (p. 88) dotado de una “oralidad primaria”: una lengua, el quechua, capaz de permanecer activa como una “estructura básica de la conciencia” (p. 89).

El tercer grupo de textos se ordena en torno al eje del título de la sección “La indigenidad re-enuncia”. D. Falcón, con un trabajo etnográfico sobre Julieta Paredes, en el que el gesto autobiográfico de su ensayo dirige la entrevista, construye una reflexión sobre la “experiencia extra/intradiegética” de la “entrevista testimoniada” (163). Falconí se atreve con lo que Shih llama la “crítica recíproca”, generando una mutua exposición con su *objeto* al intercambiar los roles tradicionales del tipo de entrevista confesional o legal para proponer nuevos modelos narrativos que den cuenta de la especificidad de sujetos excéntricos.

El cuarto acápite del libro, “Naciones, patrias y antipatrias”, introduce reflexiones en torno a categorías como las de utopía, nacionalismo, Estado nacional y Estado revolucionario y sus vínculos con sujetos refractarios. El texto de Silvia M. Gianni

recupera la figura de Carlos Martínez Rivas para el canon literario nicaragüense, destacando su carácter periférico, marginal y antinacional. B. Castany nos propone repensar una lectura trasatlántica de la noción de antipatriotismo frente a ciertos modelos de Estado. El Estado paramilitar colombiano y el Estado militar necrófilo en los casos salvadoreño y chileno, cuyos imaginarios, en especial los relacionados con el ejercicio de una soberanía negativa de mano de una violencia absoluta, pueden vincularse con el pangermanismo nazi, su *ethos* cultural y sus proyectos de exterminio.

El quinto grupo de textos, bajo el título de “Retornos: exilio y represión”, reúne cuatro textos en los que se exploran las experiencias de sujetos diaspóricos, errantes o exilados en contextos de dictadura y posdictadura. El texto de M. Areco promete en sus acápitos discutir nociones como lo público, lo íntimo y lo privado, lo que no cumple a cabalidad. F. Rocco lee tres novelas de mujeres argentinas en las que la reflexión central gira en torno a la experiencia del desarraigo desde narrativas de memoria. Este ensayo, al igual que el de Fernando Moreno sobre la novela histórica, abandona la clave traumática-legal del trabajo del duelo en la dictadura para explorar, desde la subjetividad individual, historias íntimas en las que la incomodidad del sujeto se expresa en la problemática del establecimiento de vínculos amorosos o lazos sociales.

El capítulo sexto, “Habitar lo indecible: sujetos de otro espacio”, incluye dos artículos notables. El de Fernanda Bustamante sobre nueva narrativa urbana dominicana y los procesos de abyección y pauperización social como contratexto del turismo *light* y la “exotización” de la región caribeña, y el de Mariana Espeleta dedicado a los *cubarahuis* —diáspora saharai en Cuba— referido a la experiencia trasatlántica de

dos generaciones que se reparten entre la isla y el Sahara durante los años setenta y ochenta resultan de peculiar interés para los investigadores de dos áreas muy poco trabajadas.

Con el séptimo grupo de trabajos nos enfrentamos al tema de “Feminidades y contrafeminidades”. Los ensayos de esta sección cubren la exploración de la subjetividad femenina vinculada a diferentes geografías, espacios y epistemes. Destaco dos: el trabajo de Chiara Bolognese sobre la constitución literaria de un sujeto lesbiano antirrevolucionario en la Cuba castrista de la última década, y el ensayo de Giovanna Minardi, en el que se pregunta por la pérdida de identidad político-teórica del feminismo latinoamericano, al aceptar únicamente la noción de género como *lingua franca* para tratar de conciliar políticas públicas con proyectos de desarrollo y cooperación internacionales centrados en problemáticas de “mujeres no occidentales”.

El capítulo octavo, “Narradoras de/en resistencia: cuerpos y géneros”, nos propone cuatro reflexiones que abordan la narrativa producida en Argentina, Brasil y Perú. Los trabajos estudian diferentes estrategias narrativas de enfrentar la representación de experiencias límite para las mujeres. Éstas son violencias encarnadas atravesadas por el horror de la estigmatización que se ancla en los cuerpos.

El último de los apartados, “Representaciones: conflictos a escena”, presenta el excelente trabajo de A. Prado sobre el vídeo-activismo en la Argentina. Su análisis es informado, provocativo a la vez que novedoso desde el punto de vista de los materiales y el uso del género como categoría de análisis histórico y estético. Se agradece el conocimiento acabado del debate local sobre cine y política en la región.

A pesar de lo anterior, el volumen logra cierta unidad de sentido, aunque

incompleta desde la perspectiva del proyecto inicial, sobre el estudio del mito en América. La vuelta al debate latinoamericano como proponen sus editores al comienzo (p. 11) sigue en deuda con una vasta producción intelectual en el continente, una producción soslayada por la mayoría de los autores. Esperemos que en una próxima entrega de la serie el debate bibliográfico latinoamericano, las voces de nuestros intelectuales, sea capaz de oírse.

Fernando A. Blanco
(*Bucknell University*)

Pilar Latasa (ed.): *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert (Biblioteca Indiana, 31) 2011. 190 páginas.

La editora Pilar Latasa acertó al sustituir el título original del congreso “Viejo Mundo y Nuevo Mundo en las Crónicas de Indias” por el más sugerente título de *Discursos coloniales: texto y poder en la América Hispánica*, ya que demuestra el doble papel del discurso colonizador español, que consistía, de un lado, en describir la consolidación del poder hispano en América, y, del otro, en mostrar el decisivo poder de este discurso en la historia de la colonia”.

La premisa primordial del poder colonial ultramarino (la ocupación de las tierras americanas), la reflejan, según Jesús María Usunáriz, las crónicas de la primera mitad del siglo xvii al describir y comentar cómo los peninsulares lograron el control sobre el territorio del Nuevo Mundo gracias a sus victoriosas luchas contra los holandeses y demás rivales. En su artículo, que cierra, en vez de abrir, como debiera ser, el volumen, Usunáriz vincula el discurso de la colonización de América con la política

internacional española en el contexto de las disputas y guerras de las potencias europeas por el poder en el Viejo Mundo y en el mundo entero.

Estas diferencias entre los Estados colonizadores se pueden deducir también de las traducciones de la crónica de Acosta en otros países del viejo continente, que examina Fermín del Pino Díaz en su ensayo “Acerca de las traducciones de Acosta (1590): ¿Tradiciones o traducciones?”, procediendo a una revisión crítica de las deformaciones del texto de Acosta debidas, a mi juicio, a las estructuras histórico-sociales de esos países, muy distintas a las de la Península.

Dentro de esta constelación global se efectuó la apropiación del espacio americano por España con el discurso colonial como medio que legitimaba la conquista de América como continuación de la (llamada) Reconquista de la Península. Por esa razón, el discurso colonial(ista) recurre a los libros de caballerías que expresan la bicéfala ética del conquistador como militar y como misionero cristiano. Lo señala José Antonio Mazzoni en “Mezquitas, agravios y traiciones: sobre el discurso caballeresco en las crónicas de la conquista”. Mazzoni comprueba que para Bernal Díaz del Castillo y los demás cronistas la novela de caballería no fue únicamente un modelo narrativo, como se suele suponer, sino un modelo de comportamiento político, ideológico, religioso y sobre todo ético del conquistador.

A esta ética conquistadora derivada del papel activo del clero en la conquista española obedecía también la fundamental “diferencia de actitud (toponímica) entre países católicos y protestantes” (p. 60). Es lo que postula Ángel Delgado Gómez en su trabajo sobre la “tipología de la temprana toponimia americana” (p. 55). Según el autor, la diferencia se concreta en la preferencia española por las denominaciones

cristiano-religiosas de lo conquistado, mientras que los ingleses solían dotar sus colonias de los nombres de sus monarcas. Esta dicotomía se debe sin duda a los diferentes tipos de conquista: la española por los “soldados de Dios”, y la inglesa por campesinos y mercaderes. A mi juicio se puede hablar de un discurso bifronte en relación con la toponimia americana, en el que dar un nombre significa el acto de apropiación intelectual-ideológica de los territorios conquistados mediante la fuerza colonizadora de la palabra, aunque ni los colaboradores ni la editora del volumen expliciten estas estrategias terminológicas.

El registro y el bautismo “a la europea” de las plantas –las más de las veces la aceptación de la nomenclatura indígena– no son, por ende, sólo actividades (pre) científicas, botánicas, sino también actos de toma de poder sobre la naturaleza del Nuevo Mundo. Según se puede deducir del ensayo de Gabriel Arellano, un ejemplo de esta colonización verbal de la naturaleza americana es la *Breve relación* de 1623 del capitán Juan Recio de León, un registro de las plantas y animales del bosque tropical de montaña del norte de Bolivia. Arellano limita su presentación de esta obra a la parte botánica, a la descripción planta por planta, desde el incienso y otras resinas, pasando por el maíz y la yuca, hasta el maní, incluyendo su cultivo, su uso medicinal y su valor nutritivo. El libro de Recio de León resulta ser así tanto una temprana investigación biotópica del subcontinente como una injustamente olvidada contribución al discurso colonial.

Al discurso colonizador pertenece también la apropiación visual del Nuevo Mundo por los españoles, como demuestra Rolena Adorno en su análisis comparativo de las ilustraciones de la *Historia Antigua de México* escogidas por Francisco Javier Clavigero, que constituyen un completo

discurso gráfico como complemento del discurso verbal.

Otra vertiente del discurso colonial es el jurídico, examinado por Raúl Marrero-Fente en su artículo sobre la capitulación de Juan Ponce de León sobre la conquista de la Florida. En él, Marrero-Fente desmascara el mito, transmitido tanto por cronistas como por historiadores, de que el móvil de la expedición a la Florida era la busca de la fuente de la eterna juventud. En cambio, mediante el análisis minucioso del texto de la capitulación, prueba que la motivación era absolutamente racional: la anexión de esta región al imperio colonial ibérico. El rey Fernando II de Aragón y V de Castilla asignó a Ponce de León la futura gobernación de la Florida como compensación por la pérdida de Puerto Rico, cuyo gobierno había confiado a Diego Colón.

Fernando Rodríguez Mansilla muestra en “La estela de Ambrosio de Morales en *La Florida del Inca*” las huellas del fundador de la homónima escuela historiográfica en la obra del Inca Garcilaso de la Vega, por ejemplo en su aplicación de la teoría de Morales del origen godo de los reyes de España a los conquistadores, lo que prueba la vinculación original del discurso colonial con el discurso histórico peninsular.

No obstante, el discurso colonizador se fue convirtiendo paulatinamente en un discurso criollo, como sostiene Luis Albuquerque en su examen de los relatos de viaje. Si al principio fueron instrumentos de inspección de las tierras incógnitas recién descubiertas, se transformaron después en descripciones de la nueva realidad creada por la población criolla, asumiendo como género literario, según Albuquerque, un carácter mestizo, típicamente latinoamericano, entre crónica y ficción.

De igual manera, la microestructura económica, político-administrativa y poblacional en el ámbito regional que se establecía en los territorios ocupados,

generó un correspondiente discurso colonial local, como muestra Pilar Latasa al relacionar la microhistoria de Charcas, sobre todo su competencia con Lima, con el incipiente discurso criollo de esta provincia.

El mérito de este volumen es doble: de un lado presenta una amplia muestra de los registros del discurso colonial, que va del jurídico al pictórico, mientras que en la tradicional historiografía dominaban más bien los escritos de carácter político, militar y religioso. Del otro, los autores investigan –al menos implícitamente– en una especie de hermenéutica semiótica su aspecto pragmático, es decir, su poder verbal como complemento del poder colonial político-militar, mientras que gran parte de los estudios anteriores buscaban más bien averiguar sólo la verdad “histórica” de las crónicas coloniales, o sea, su significado semántico al compararlas con las subyacentes realidades objetivas.

Hans-Otto Dill
(Berlin)

Jaime Erasto Cortés: *Del gusto y la memoria. Ensayos sobre el cuento mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana (Colección Cuadernos, 57) 2012. 170 páginas.

Es un deleite poder leer un libro de un solo investigador que reúne varios ensayos suyos publicados a lo largo de una vida académica, y que giran todos alrededor de un mismo asunto, el cuento mexicano y, ligado a esto, las antologías de cuentos. En el libro *Del gusto y la memoria*, podemos apreciar la riqueza del trabajo que Jaime Erasto Cortés ha llevado a cabo en prólogos, artículos, reseñas y encuentros. Otro aspecto que hace esta compilación interesante es la inclusión tanto de un

prólogo como de un epílogo. Estos textos, de la mano de Jaqueline Bernal Arana y de Federico Patán, nos dan aún una mejor visión de este investigador que, según Patán, se caracteriza por su “formación disciplinada y estricta” (p. 155). Puesto que la prologuista, Bernal Arana, nos presenta los diez ensayos con una gran claridad y precisión, me dedicaré sólo a señalar algunos de los textos que revelan tres temas recurrentes que, en mi opinión, son centrales: la elaboración de las antologías, el interés por los autores transterrados y la naturaleza problemática del cuento.

En el último ensayo incluido en el libro, Jaime Erasto Cortés concluye diciendo: “pues la única pregunta que sigue siendo válida es ¿qué antologar? y no ¿cómo antologar?” (p. 153). Siendo un gran especialista en antologías, Erasto Cortés no sólo ha publicado varias de cuentos mexicanos, sino que ha analizado a fondo muchas antologías de otros compiladores. Seguramente tendrá razón Erasto Cortés al anteponer la primera pregunta a la segunda. Sin embargo, a lo largo de este libro dedica la misma atención a ambas cuestiones: el *qué* y el *cómo*. En particular en dos ensayos, “Antologías de cuento mexicano” y “Edmundo Valadés: antologador del gusto y la memoria”, Erasto Cortés nos ofrece un amplio panorama de múltiples criterios que se suelen usar a la hora de seleccionar, clasificar y presentar una antología de cuentos. Es muy valioso que fije la atención en lo que podríamos llamar los paratextos de las antologías: el título, la introducción, las notas de presentación, las referencias bibliográficas necesarias para poder ubicar las fuentes, etc. En esta tarea no esquiva la crítica a ciertas antologías. Así, por ejemplo, observa, con razón, que en *Los mejores cuentos mexicanos*, seleccionados por Gustavo Sainz, “la noción de calidad que conlleva el título es peligrosa” (p. 24). Pero tampoco rehúye

la autocrítica: “Mi antología [...] tiene dos bondades y dos deficiencias” (p. 32). Estas deficiencias, según Erasto Cortés, son “las habituales omisiones y los insatisfechos alcances” (p. 32). Son las palabras de un perito que conoce el paño. Con el fin de llegar a una tipología, parte de una cita de Edmundo Valadés, quien distingue dos tipos de antologías: “una que es fundamentalmente didáctica y tiende más a elegir aislados cuentos representativos de la narrativa de un país [...]. Lógicamente en ella se debe partir de autores. La otra se basa fundamentalmente en cuentos que pueden ser bellos, insólitos, prodigiosos [...] en fin que piensa más en los lectores” (pp. 57-58). A esta visión de extremos, Erasto Cortés añade un tercer tipo “que resultaría de la mezcla de los dos propósitos”. En esta observación más matizada se destaca la labor inteligente y cuidadosa del investigador.

El segundo tema que me parece fundamental es la presencia de autores transterrados en varios de estos ensayos. Erasto Cortés plantea la cuestión incluso de una manera explícita: “Para fines históricos y críticos, ¿qué se debe llevar a cabo con los escritores no nacidos en México, con los transterrados?” (p. 67). El crítico constata que, a diferencia de los manuales, que no registran su presencia, “las antologías [les] han cedido sus páginas”, aunque de manera limitada. A continuación escuchamos la voz del antologador convencido, quien toma sus decisiones de una manera muy consciente: “Eso hice yo. Y en mis reuniones científicas de 1979 y 1985, aparecen Max Aub, Augusto Monterroso, José Luis González, Arturo Souto Alabarce, José de la Colina” (p. 67). El hecho de incluir a los transterrados en las antologías de cuento mexicano es efectivamente muy significativo y el atisbo de orgullo que se percibe en la frase “Eso hice yo” es merecido. Con eso se manifiesta el papel que sin duda ha desempeñado

Erasto Cortés al entender la importancia de estos autores para la literatura y la cultura mexicanas. Incluso, lo que Erasto Cortés tal vez no podía prever plenamente es que estos autores transferrados a su vez estaban muy agradecidos por este reconocimiento, como bien sabemos por parte de Augusto Monterroso, quien, al hablar de otra antología, de Carlos Monsiváis, atribuyó este gesto a la generosidad de los mexicanos (Semana de Autor, Madrid, 1991). La gran estima que Erasto Cortés muestra por la obra de los transferrados se ve magníficamente ilustrada en el ensayo sobre el puertorriqueño José Luis González, quien adoptó la nacionalidad mexicana después de haber renunciado a la norteamericana: “Más de cuarenta años de exilio hasta su muerte en 1996; exilio traducido en arte” (p. 81). Y más adelante: “¿Cuentista mexicano José Luis González? Casi lo perdemos a causa de nuestra indecisión, de nuestra falta de atención [...]” (p. 88). Asimismo, en el ensayo sobre Fabio Morábito, escritor mexicano nacido en Egipto de padres italianos, Erasto Cortés examina cómo estos autores cobijados por México “han sido tratados o soslayados, incluidos o segregados en las historias literarias y en las antologías de cuento” (p. 113).

En tercer lugar, Erasto Cortés ofrece unas reflexiones reveladoras sobre el carácter específico de los cuentos y su relación, a menudo conflictiva, con la novela. Profundiza esta temática en un ensayo con el título elocuente de “Había una vez (El cuento mexicano en busca de su crítica)” (p. 47). El autor hace un recorrido cronológico desde el siglo XIX y señala que “injustamente el cuento [...] ha sido indistintamente juzgado como producto de segundo orden” (p. 48). Sin embargo, termina diciendo que “iniciados los años noventa, la lectura de cuentos resulta promisoría” (p. 55). No hay duda de que hoy en día, el cuento sí ha encontrado su crítica, tanto en México

como fuera, como bien lo demuestra el mismo Erasto Cortés en este libro.

Además de los cuentistas arriba mencionados, nos topamos con muchos más: el Dr. Atl, Ethel Krauze, Mónica Lavín, Rosina Conde, Josefina Estrada, Juan Villoro o Rafael Pérez Gay, para mencionar sólo a algunos. Finalmente, cabe señalar que si bien los ensayos de Erasto Cortés se caracterizan por el rigor y la seriedad, el autor nos sorprende en unos momentos con alguna anécdota, y en otros con un sentido de humor bien particular. En breve, *Del gusto y la memoria* es un libro con muchas cualidades.

An Van Hecke
(KU Leuven)

Claire Emilie Martin/María Nelly Goswitz (eds.): *Retomando la palabra. Las pioneras del XIX en diálogo con la crítica contemporánea*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert (Juego de Dados, Latinoamérica y su Cultura en el XIX, 1) 2012. 323 páginas.

Las editoras de esta colección de ensayos tienen claro su propósito: fomentar una crítica rigurosa en torno a textos literarios y autobiográficos escritos por mujeres hispanoamericanas del siglo XIX. ¿Y por qué visitar el XIX? Para empezar, Martin y Goswitz sostienen que hace apenas treinta años existía una escasez de estudios feministas dedicados exclusivamente a este periodo, hecho que queda evidenciado en el emblemático ensayo de Jean Franco “Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana” (1986), donde se nombra a una sola crítica feminista dedicada al estudio de ese siglo. Lo anterior contrasta con otro factor: en el mismo ensayo se enumera a diversos investigadores que se dedican al periodo colonial y al siglo XX.

Aparentemente, el siglo XIX hispanoamericano era una especie de Cenicienta dentro de los estudios feministas. (Desgraciadamente, las editoras no indican en su introducción quién es esa destacada crítica feminista dedicada desde temprano al periodo decimonónico hispanoamericano, teniendo en cuenta que no todos sus lectores serán expertos en el tema.)

Ese vacío, afortunadamente, fue temporal y, a partir de los años noventa del siglo pasado, empezaron a aparecer colecciones de ensayos críticos feministas enfocados en esa época. No obstante, nuevamente apareció una piedra en el zapato: muchos de esos estudios fueron realizados desde la perspectiva del siglo XX “primermundista”. La consecuencia: la literatura decimonónica de corte netamente americano ha sido en muchos casos malentendida. Sin embargo, como las editoras señalan, sí ha habido intentos afortunados de producir una teoría feminista propia, ajustada a la literatura y las realidades latinoamericanas. Por ejemplo, están los textos de Josefina Ludmer, Sara Castro-Klarén, Lucía Guerra Cunningham, etc. Por lo tanto, las editoras de este libro han querido ser fieles a ese sendero, en la medida de lo posible, y revisar el siglo XIX desde otra mirada.

Así las cosas, se rescata la vena inaugurada por Sara Castro-Klarén, cuyo libro *Narrativa femenina en América Latina: prácticas y perspectivas teóricas* (2003) propone una ruta en la que el tradicional binomio sexo/género se convierte en un asunto mucho más complejo, porque se relaciona con las estructuras de poder/conocimiento. Es decir, la experiencia femenina hispanoamericana del XIX se conecta al *devenir histórico* y, de esta forma, se relaciona al planteamiento intelectual de estas pioneras, quienes se preocuparon por brindar propuestas modernas (medidas que también mejorarían la situación social, económica e intelectual de las mujeres), en

contraste con las propuestas de sus contrapartes masculinas, quienes abogaron más bien por la modernización de la nación (infraestructura, economía, geopolítica, etc.). Según estas autoras, las nuevas naciones americanas no alcanzarían el nivel de progreso anhelado si en los planes nacionales no se establecía un acceso equitativo de las mujeres al conocimiento. De hecho, en muchos casos, estas autoras revisaron en sus escritos el ideario de intelectuales masculinos, autorizados y prestigiosos.

Por lo tanto, en *Retomando la palabra*, el análisis de los textos se realiza desde una crítica más plural, heterogénea, demostrando así una perspectiva alternativa, al mismo tiempo contemporánea, de textos considerados fundacionales del feminismo hispanoamericano e incluso de textos menos conocidos u olvidados. En palabras de las editoras, con este libro han intentado llegar a un “momento de madurez teórica” por medio del cual desentrañar “los albores de una teoría feminista plenamente articulada, pero todavía no enteramente reconocida en los estudios de género hispanoamericanos, y menos aún internacionales” (p. 12).

El libro está compuesto por quince ensayos de diversos académicos. No contamos con el espacio para detenernos en todos ellos; sin embargo, no quisiéramos dejar de destacar ciertos datos interesantes. Por ejemplo, el temple intelectual y grado de curiosidad que se transparenta en *Viaje de recreo* (1909) de Clorinda Matto de Turner. La peruana no sólo compara la situación de las mujeres europeas con la de las latinoamericanas durante su recorrido por el Viejo Continente, sino que también, gracias a sus minuciosas descripciones, su texto resulta útil aún hoy en día a cualquiera que se interese por “la historia y la evolución de los museos y las colecciones” (p. 39).

También resulta interesante la introspección cultural que realiza Eduarda Mansilla en su *Recuerdos de viaje* (1882),

libro que se adentra en la sociedad estadounidense. Publicado primero por entregas, a partir de 1880, Mansilla se adelantó a sus contemporáneos masculinos, como Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres, Miguel Cané o Eduardo Wilde, cuyos libros de viajes comenzaron a aparecer en 1881. También merece la pena el ensayo sobre la novela de Mansilla *Pablo, ou la vie dans les pampas* (1868/1869); los comentarios críticos sobre la vida gauchesca que ésta contiene la colocan entre dos textos canónicos de la literatura argentina: *Facundo* (1845) y *Martín Fierro* (1872). Así, Mansilla revisa los enunciados de Sarmiento al tiempo que se adelanta a algunos de Hernández.

Sobresale, también una Juana Manso comprometida, que ejerce el pensamiento crítico en sus cartas a Mary Tyler Peabody Mann. En definitiva, los lectores podrán comprobar la ebullición intelectual de las autoras hispanoamericanas decimonónicas, ya sea por medio del análisis de las novelas de Mercedes Cabello de Carbonera y Teresa González de Flanning, las cuales ofrecen modelos alternativos del heroísmo, teniendo en cuenta la traumática derrota del Perú frente a Chile en la Guerra del Pacífico (1879-1883); el estudio de la producción periodística de escritoras argentinas como Rosa Guerra y Juana Manso; las relecturas de obras emblemáticas como *Aves sin nido* (Matto de Turner), *Los amores de Hortensia* (Cabello de Carbonera) y *Sab* (Gómez de Avellaneda) —de esta última incluso se ofrece una lectura novedosa a la luz de la teoría *queer*, que expone la crítica de Avellaneda a la “heterosexualidad obligatoria”—; los epistolarios de Adriana González Prada y Carmen Arriagada; la reinención de Cuba en las memorias de la condesa de Merlin; y los pliegues de la vida intelectual y literaria desde la perspectiva de la colombiana Soledad Acosta de Samper —autora poco estudiada a pesar

de su rica trayectoria— y de la boliviana Adela Zamudio —quien debatió ardientemente sobre temas estéticos—. Por último, cabe destacar el análisis sobre la intencionalidad del traductor y sus consecuencias a través de la comparación de tres traducciones al inglés de *Aves sin nido*.

No obstante, en algunos ensayos —no en todos, por supuesto— se echan de menos más citas provenientes de las fuentes primarias. En esos casos, la teoría se impone y los lectores nos quedamos con una rara sensación: la incertidumbre de si aquella encaja realmente con el texto literario, es decir, si efectivamente sus citas respaldarían el argumento teórico. En cualquier caso, la curiosidad ha sido despertada. Gracias a *Retomando la palabra*, el XIX se vislumbra como uno de los siglos más interesantes de la historia literaria hispanoamericana, y sus autoras brillan: son sagaces, modernas e intelectuales, saben discernir e interpretar el tiempo que les toca, plantear utopías, articular los fracasos nacionales y situar al sujeto femenino en el devenir histórico y social. Están, pues, muy lejos de aquellos estereotipos que cargaban de vapor la experiencia femenina decimonónica.

Tania Pleitez Vela
(Universidad de Barcelona)

Rita De Maeseneer: *Devorando a lo cubano. Una aproximación gastrocrítica a textos relacionados con el siglo XIX y el Período Especial*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert (Nexos y Diferencias, 34) 2012. 311 páginas.

Dentro del ámbito hispánico, los *Food Studies* no han conseguido por de pronto una popularidad o un reconocimiento tan importantes como los que tienen ya en otras tradiciones lingüísticas y culturales. Estoy

pensando en los niveles de difusión que alcanzó en Francia, hace algunas décadas, aquel exitoso ejercicio de vulgarización de Michel Onfray, *Le ventre des philosophes* (1989), o incluso en trabajos académicos más recientes (y también más sólidos y concienzudos), como el de Warren Belasco, *Meals to come* (2005), o el de Rachel Laudan, *Cuisine and Empire* (2013). El primer mérito del presente libro de Rita De Maeseneer es justamente el de mostrarnos las distintas perspectivas que puede abrirnos hoy una aproximación crítica al lugar de las comidas y la alimentación en las prácticas sociales, las representaciones colectivas y los imaginarios artísticos y literarios. La autora no debuta en este campo. Recordemos que publicó *El Festín de Alejo Carpentier. Una lectura culinario-intertextual* (2003) y, con Patrick Collard, la compilación *Saberes y sabores en México y el Caribe* (2010). Lo que cambia ahora es el contexto, pues la pregunta por la significación de un objeto tan específico se plantea aquí en el espacio de la cultura cubana y en el de las variables construcciones que lo sitúan en la intersección de la Sociología, la Historia, la Antropología, la crítica cinematográfica, y, por supuesto, los estudios literarios y culturales. Mal puede extrañar así que el linaje intelectual y las fuentes metodológicas de la investigación sean el testimonio de una interdisciplinariedad plenamente asumida: de Braudel a Barthes y de Lévi-Strauss a Michel de Certeau, la autora asienta, desde un principio, las bases teóricas de su trabajo y, apelando a la definición de Ronald Tobin, lo describe como “gastrocrítica”. Es verdad que, a primera vista, la palabrita no parece muy clara ni afortunada, pero De Maeseneer se ocupa de precisar con creces su sentido a lo largo de los cuatro capítulos que dedica a estudiar la literatura colonial y de los tres que consagra al Período Especial (más la conclusión que elabora alrededor de la obra de Antonio José Ponte). La elección de estos dos momentos

de la historia cubana puede sorprender y sin duda se presta a una discusión más amplia. La autora la justifica diciéndonos que se trata de dos periodos cruciales en el desarrollo de la isla a pesar de que cubren lapsos asimétricos. “Ambos –escribe– remiten a una época en compás de espera y se caracterizan por su naturaleza provisional” (p. 31). Lo esencial, sin embargo, está menos en lo acertado o desacertado de los límites temporales de la investigación que en la calidad del corpus seleccionado y en la fuerza argumental con que lo va convirtiendo, de modos muy distintos, en una ilustración o un símbolo de una sociedad y una época. De Maeseneer nos ofrece páginas que nos seducen y convencen en su examen, por ejemplo, de las múltiples facetas de la leche y la piña en las obras de Villaverde, la condesa de Merlin y Barnet, así como también a través de sus lecturas del hambre y la penuria durante la crisis postsoviética en las novelas de Zoé Valdés y Padura. El segundo mérito de *Devorando lo cubano* radica, a mi modo de ver, no sólo en las inteligentes correspondencias que alimentos y comidas crean entre los textos estudiados, sino en la lucidez con que se renuncia desde un comienzo a la necesidad de totalizar esta experiencia y a proponer una suerte de síntesis histórica de la relación de la cultura cubana con sus contextos culinarios. Mucho más cerca de la forma libre del Atlas, el estudio de De Maeseneer no pretende agotar su objeto, sino más bien sentar los fundamentos de un trabajo que puede y debe ser proseguido por otros investigadores. Casi como un corolario de esta estructura abierta, quisiera destacar una tercera virtud del libro: la de dar cuenta de la heterogeneidad de los contextos culinarios no sólo en la literatura de dentro, sino también de fuera de la isla e incluso entre ambas. La autora compara, opone y contrasta así los textos de su corpus constantemente y pone de relieve la imposibilidad de reducirlos a una sola interpretación. Un buen ejemplo se

halla en las páginas que dedica al asunto de las comidas y la cocina en el realismo sucio de las novelas de Pedro Juan Gutiérrez, en las policiales de Padura y en el documental *Suite Habana* (2003) de Fernando Pérez. No quiero cerrar, sin embargo, mis rápidas notas sin saludar el capítulo final del libro, ese que teje una conclusión alrededor de *Las comidas profundas* (1997) de Antonio José Ponte. Se trata de un capítulo decisivo en la economía del volumen, ya que De Maeseneer hila alrededor del ensayo la trama de una vasta biblioteca que nos permite leer, como en transparencia, la memoria nacional que circula por la escritura del matancero y, al mismo tiempo, las continuidades en el espacio y el tiempo de los imaginarios de comidas y cocinas procedentes de las lenguas y las tradiciones más diversas. La autora le da allí una última vuelta de tuerca a su trabajo y hace que el conocido ensayista nos diga eso que ella ha venido susurrándonos durante las trescientas páginas que hemos leído. A saber: “Que toda comida es substitutiva, que comer es siempre metaforizar y tender un puente” (p. 263). De Maeseneer sabe llevarnos con conocimiento y fineza hasta este punto final.

Gustavo Guerrero
(*Université de Cergy-Pontoise*)

Pedro Lastra: *Sala de lectura. Notas, prólogos y otros escritos. Selección y prefacio de Patricio Lizama. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile 2012. 201 páginas.*

La miscelánea que integra *Sala de lectura* anuncia su singularidad desde el carácter abierto de su acertado título; esa apertura no sólo caracteriza la diversidad de los textos que vertebran el libro, sino también la variedad de dedicaciones de su autor. Pedro Lastra, poeta y ensayista imprescindible en el panorama

literario chileno, nos invita aquí, en esa manera suya siempre sabia y mesurada, a compartir un viaje a través de lecturas y memorias. Comunicador impenitente entre escritores y lectores, su autor se ha auto-definido como *escribitor* (p. 11), como bien lo recuerda el compilador, Patricio Lizama, para quien “Pedro Lastra escribe notas y apuntes sin ningún afán de demostración teórica ni de exhaustividad investigativa pues sus trabajos no son ensayos ni monografías ni crítica literaria” (p. 12).

Ya en sus poemas —que componen, con su ensayística, un cosmos indivisible—, Lastra anotaba: “No tengo nada que encontrar en la realidad, / un paisaje agotado por los viajeros / que me han precedido en el ejercicio de estas contemplaciones”. Pertenecen estos versos a su *Diario de viaje*, título que es también índice de la actitud receptiva e indagadora que se hace constante en su itinerario, como lo prueban algunos otros de sus títulos poéticos: *Noticias del extranjero*, *Carta de navegación* o *Canción del pasajero*.

La tarea de Lastra es, pues, la del viajero, y en esa dimensión, la del mediador: cualidad fundamental que lo ha llevado a enlazar geografías y voces disímiles, y a alumbrarlas, desde ese margen que observó el poeta peruano Carlos Germán Belli al referirse a “su vida casi secreta y su estilo sucinto”. Por lo demás, el género implícito que cultiva todo mediador es el del diálogo, que tiende puentes y hace posible una comunicación necesaria, o se repliega para dar pie a nuevos lazos.

En el caso de *Sala de Lectura*, nos encontramos de nuevo con una bitácora de viaje, que nos acompaña a través de escrituras dispersas, chilenas —Francisco Contreras, Gabriela Mistral...—, de otros países hispanoamericanos —Octavio Paz, Leopoldo Lugones...— o españolas —Rafael Alberti, Luis Cernuda...—. Poco a poco descubrimos que nos encontramos ante un sistema de

cajas chinas –o muñecas rusas–: dentro de cada unidad hallamos otras que nos invitan de nuevo al viaje cómplice. Abundan las curiosidades y anécdotas amenas: así, por ejemplo, cuando Lastra reflexiona sobre Nathaniel Hawthorne, cuyos pasajes pudieron funcionar como simiente para lectores “visibles y secretos” entre los escritores hispanoamericanos (p. 143). O sobre el posible vínculo entre los neologismos de Joyce, cuyo *Ulises* se publica en el París de 1922, y los de Huidobro, que estaba por entonces en la ciudad, y que pudo ser permeable a esas palabras *maleta* o *portmanteau* al elaborar su *Altazor*. Una idea que Lastra ve anticipada en Cedomil Goic, y que considera a raíz de una nota borgeana sobre la traducción de José Salas Subirat, con sus *arbocielo*, *bestiacielo*, *hombrecielo*... (p. 61)

Descubrimos también que poco a poco vamos entrando en realidad en un diario íntimo, porque no otra cosa son las notas de lectura: la escritura y su atmósfera se imbrican y se entrelazan. Así nos cuenta Lastra anécdotas curiosas, como el hallazgo, a través de Hernán Loyola, de una carta de Neruda dirigida a él con una pequeña edición para coleccionistas impresa en 1972, y que él recibe en 2009 como un milagro del destino. O la amistad larga con José María Arguedas, del que rememora los días en que el novelista peruano llevó a Chile su novela *El Sexto*, con su ficcionalización de la experiencia como preso político durante 1937 y 1938, tras la protesta estudiantil que tuvo lugar en Lima con motivo de la visita de un representante de Mussolini. También alumbramos su memoria la amistad con Volodia Teitelboim, sus cualidades de orador y sus prosas “gobernadas por una conciencia del decoro verbal y de la dignidad del lenguaje” (p. 97).

En cada comentario de Lastra, así sea el más breve, emerge todo ese río de vida de lector que lo respalda, con el seguimiento minucioso de cada autor desde los orígenes, y un conocimiento que otorga

especial autoridad a sus consideraciones. Avezado en ese mismo “arte de leer” que ve en Teitelboim (p. 103), Lastra nos ofrece semblanzas de muchos otros autores, como Eugenio Montejo, al que acompañó en Venezuela con motivo de un homenaje, y al que en otro lugar dedicaría también su poema “Canción del pasajero”, en ese sistema de vasos comunicantes que es su escritura: “Me despido del siglo / que nos llenó de ruidos y de máquinas / y desterró el silencio / y alargó nuestros días / sobre asolados campos”. En la memoria viva que supone su palabra, también está Gonzalo Rojas; de él evoca el rigor creador y sus dotes como recitador, y con su recuerdo lo vivifica, porque, de nuevo con versos del propio Lastra: “el recuerdo es el pan de los muertos”. Recuerda asimismo aquellas jornadas esenciales que el poeta de Lebu organizó hace décadas –a raíz de las cuales éste inventó el lema “América es la casa”–, y afirma: “solo un poeta como él pudo proponerse y realizar lo que apreciaremos alguna vez como la fundación del diálogo entre nosotros. Para la historia cultural de Chile y de Latinoamérica eso fue la empresa que él inició en 1958 con los Encuentros de Escritores Chilenos y continuó en 1960 y 1962 con los Encuentros de Escritores Americanos, proyectos que debemos acercar a las grandes realizaciones culturales que en el siglo XIX comenzaron a definir nuestra identidad” (p. 107).

La memoria de Lastra va hilvanando los recuerdos con un dejo de melancolía –siempre sin sentimentalismos–, como en aquel memorable poema suyo, “Ya hablaremos de nuestra juventud”, o como en la intensa brevedad de “Duermevela”: “Lo que vuela y se queda en la memoria / no es un nombre / son sílabas / idénticas a un nombre / paloma de la muerte”. Porque también en los versos de Lastra están las memorias de lector, los diálogos, lecturas, homenajes y profanaciones que convocan a Álvaro Núñez

y Roque Dalton, Enrique Lihn o Nerval, y a tantos otros que componen ese cosmos coherente e indivisible de su vocación crítica y creadora. Los escritos de Lastra son la autobiografía de un lector viajero, su tinta fluye por vericuetos plurales, que pueden desembocar, como se ha visto, en la calle de la poesía o en la travesera del pensamiento. La cadencia serena de sus versos y prosas nunca es preciosista, y sí, siempre, próxima y prójima, en un diálogo permanente que espejeaba ya en su poema titulado “Por los poetas perdidos”:

Nosotros disputamos a otro reino sus
nombres,
a otros dioses sus cuerpos siempre
ardientes
que arrastraron los sueños, el amor,
cuanto existe
más acá del abismo, abrimos las ventanas
de ese reino
y hablamos con la voz del hermano
perdido,
nosotros, que hoy amamos las mismas
criaturas,
las terribles, veloces criaturas del mundo.

Selena Millares
(Universidad Autónoma de Madrid)

Sophie Dorothee von Werder: *Latinoamericanos nómades: Cortázar y Bryce Echenique*. Frankfurt: Peter Lang 2012. 156 páginas.

Latinoamericanos nómades: Cortázar y Bryce Echenique es un libro muy metódico, de claro carácter académico. Se divide en tres partes: una muy larga parte introductoria (la tercera del volumen) sirve para plantear la temática del exilio y su relación con las vidas y obras de Cortázar y Bryce Echenique. Se siente en ella el probable origen doctoral de este trabajo. La segunda parte, titulada “El exilio en la

obra ficticia”, se centra principalmente en el estudio de *Rayuela* y *La vida exagerada de Martín Romaña*. Se expone primero la estructura de *Rayuela*, y se detallan los elementos argentinos en ella, opuestos a los elementos europeos. La autora se centra luego en la figura de Martín Romaña y en la experiencia europea de Bryce Echenique y más generalmente de los latinoamericanos exiliados. Por fin, encontramos una parte que pretende abarcar la temática del exilio en la obra ensayística y autobiográfica: se retoman aquí cuestiones ya conocidas sobre el exilio como condición de la producción literaria. El estilo usado por la autora es de fácil acceso, lo que hace de él un buen compendio didáctico acerca de la noción de exilio en la obra de estos dos autores. Se puede deducir de ello que el libro se dirige principalmente a estudiantes de licenciatura que quieran tener en 150 páginas una visión sintética del tema.

A pesar de ello, *Latinoamericanos nómades: Cortázar y Bryce Echenique* no renueva el estado de la cuestión. La autora muestra un buen conocimiento de la crítica más clásica, como los primeros trabajos de Barrenechea, pero no aporta ningún material nuevo ni tratamiento renovado de un tema ya muy estudiado. Por ejemplo, no se maneja en absoluto la correspondencia de Cortázar, publicada hace más de diez años. Su estudio hubiera sido fundamental para enriquecer la tercera parte del libro, acerca del exilio y de la autobiografía.

Por otra parte, se nota una clara voluntad didáctica: la autora parece dirigirse a un lectorado virgen de todo conocimiento acerca de obras tan clásicas como *La vida exagerada de Martín Romaña* o *Rayuela*. Así es que reserva 12 páginas al resumen de la novela de Bryce Echenique y a la cuestión de su carácter autobiográfico. De la misma manera, se trata en detalle el ya antiguo problema de si hay o no hay una argentinidad profunda en *Rayuela*, lo que

no deja de resultar sorprendente desde una perspectiva actual, resultante de un mundo globalizado y multipolar. El libro quiere ser un estado de la cuestión, pero parece faltarle una tesis, un ángulo renovador.

En la introducción, la autora expone teóricamente los procesos de hibridación y transculturación que actúan en el exilio y cita a Deleuze y Guattari: “Pues la percepción ya no estará en la relación entre un sujeto y un objeto, sino en el movimiento que sirve de límite a esa relación, en el período que va asociado a ella. La percepción se verá confrontada a su propio límite; estará entre las cosas, en el conjunto de su propio entorno, como la presencia de una haeceidad en otra, la aprehensión de la una por la otra: sólo mirar los movimientos” (p. 12). Ahí la autora no logra pasar de la teoría a la práctica y no se ve cómo se proyecta esta concepción en la estructura de las dos partes siguientes. Hubiera sido muy estimulante tratar de pensar el exilio en estos dos autores bajo este concepto del movimiento. En vez de eso, el dualismo persiste: antes y después del exilio, América opuesta a Europa... De la misma manera, la autora nota en la introducción que la crítica posmoderna relativiza la noción de identidad (p. 11), pero le cuesta integrar esta perspectiva en la tercera parte del libro, y en particular en “El discurso de la identidad latinoamericana” (III.3, p. 125 y siguientes). Allí se ve cómo la autora recoge opiniones de Cortázar y otros sobre la cuestión, sin lograr tomar ella otra posición crítica y así escapar a la *doxa*. Esta estructura del pensamiento recuerda la de una tesis doctoral, pero no permite aprehender dinámicamente la noción de exilio. Para poder renovar la lectura de tales autores, hay por fuerza que historizar sus puntos de vista y entender que pertenecen a un mundo que ya no existe. Pero algo, una fuerza literaria, resiste al paso del tiempo: para hacer ver esta nueva actualidad de la obra, hay que cambiar de perspectiva crítica

y tomar posición frente a ellos. Un ejemplo de transculturación hubiera podido ser el estudio de los bilingüismos en el exilio o la mención de Cortázar como traductor literario y sus consecuencias en la obra. Ahí, los desplazamientos propios de un exilio (real o soñado) son patentes. Esta dimensión casi no aparece en el libro (salvo con la mención errónea de una experiencia de intérprete de Cortázar, que fue traductor y revisor para conferencias internacionales, pero nunca intérprete).

En conclusión, el trabajo propuesto en *Latinoamericanos nómades: Cortázar y Bryce Echenique* es un trabajo serio y bien construido pero no muestra suficiente distancia en la presentación del tema. No logra alejarse de las concepciones del exilio propias de las décadas de 1960 a 1980 y tomar una posición más actual.

Sylvie Protin

(Université Lyon 2, Grupo LCE [Cetial])

José Manuel Camacho Delgado/Fernando Díaz Ruiz (eds.): *Gabriel García Márquez, la modernidad de un clásico*. Madrid: Verbum 2009. 284 páginas.

Philip Swanson (ed.): *The Cambridge Companion to Gabriel García Márquez*. Cambridge: University Press 2010. 206 páginas.

Raymond Leslie Williams: *A Companion to Gabriel García Márquez*. Cambridge: University Press 2010. 200 páginas.

El venero de libros consagrados a la obra del hijo del telegrafista de Aracataca fluye de continuo con fuerza sostenida y renovada. Verdad es que no todos los títulos que se suman al nutrido repertorio bibliográfico revelan aspectos novedosos de su ubérrimo imaginario creador, pero

también es cierto que son varias las monografías que merecerían ser reseñadas, aunque fuera sólo a grandes rasgos. En esta ocasión, el espacio apremia a circunscribir la elección a tres títulos meritorios y notificar lo procedente e indefectible.

La miscelánea editada por Camacho Delgado y Díaz Ruiz está integrada por dos partes que reúnen quince trabajos; los primeros tratan aspectos concretos de las distintas etapas creadoras del escritor; los ocho de la segunda parte se centran por lo general en aspectos concretos de una obra determinada. Entre los motivos, temas y argumentos tratados destacan, entre otros, la presencia y el influjo de Quevedo en la obra del Nobel colombiano, la simbología religiosa en los nombres de los protagonistas de *Crónica de una muerte anunciada*, la implantación del delito al socaire del entramado del narcotráfico en *Noticia de un secuestro*, el lenguaje en *El otoño del patriarca*, la presencia de Macondo en la representación de la Sabaneta de F. Vallejo y en la obra de Toni Morrison, el impacto literario de *Cien años de soledad* en la última etapa del franquismo y la imagen de Bolívar en la novela biográfica y la biografía académica.

El volumen editado por Philip Swanson cumple primorosamente con las rigurosas exigencias y los ambiciosos objetivos de la acreditada colección de los Cambridge Companions: textos accesibles a estudiantes y lectores cultos de lengua inglesa deseosos de guías de lectura de probada calidad. Los quince ensayos que configuran la monografía tratan con solvencia suma tanto las obras como la actividad periodística del escritor. Son, pues, aportaciones ceñidas a la temática desde el conocimiento aquilatado y profundo de quienes han pergeñado al menos un estudio señero sobre el célebre discípulo adelantado del discreto librero catalán Ramón Vinyes. Especialmente

originales y conseguidas son las dos lecturas de *Cien años de soledad*, en clave exocrítica la una y desde los parámetros y teorías de la literatura comparada y mundial la otra. Siguen a escasa distancia cualitativa el estudio consagrado a las novelas previas a la obra maestra de 1967, el agudo análisis de los cuentos, el sobrio escrito relativo a las novelas de amor, las contribuciones sobre el Bolívar errabundo que se desvanece y el vetusto tirano que encarna y tipifica magistralmente la novela del dictador otoñal.

Como cabe esperar de un exegeta de la obra del creador del ciclo de Macondo de la dedicación y notabilidad de Raymond Williams, su libro es a la vez revisión crítica, esencia de saberes remozados y aportación notable que pulsa acordes inéditos sobre motivos, temas y argumentos varios. Cada uno de los cinco capítulos que conforman el volumen focaliza aspectos determinados que se podrían sintetizar como sigue: 1. La formación (literaria, política y social) del novelista. 2. El ciclo de Macondo desde los comienzos al gran momento de *Cien años de soledad*. 3. Las obras políticas, con especial detenimiento en *El otoño del patriarca*. 4. Los motivos y temas del amor en dos novelas memorables (*Crónica de una muerte anunciada* y *El amor en los tiempos del cólera*) y los relatos en torno a la cándida Eréndira. Y 5. Las ficciones posteriores a *Crónica*. Se trata de acercamientos de visualidad caleidoscópica, con especial atención analítica a las significancias de la tradición oral, de las artes visuales, de las formas en las que la literatura cede el paso al discurso histórico y de la relevancia de los años de formación del novelista en el grupo de Barranquilla.

José Manuel López de Abiada
(Universität Bern)

Daniel Mesa Gancedo (estudio, selección y materiales complementarios): *Novísima relación: narrativa amerispánica actual*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico (Colección “Letra Última”) 2012. 343 páginas.

Como un nuevo cronista, Daniel Mesa da entera y novísima relación de veintidós escritores de “allá” que viven “acá”, a los que llama, con feliz y razonado neologismo, “amerispánicos”, y ofrece otros tantos textos transmigráficos de diversa tipología, en los que los autores convocados dan cuenta de su experiencia en España. Éstos se presentan en orden alfabético, borrando así las diferencias de origen, edad y sexo, dado que lo que importa, en definitiva, es que son “sudacas”, del “Sud-acá”, que hablan desde España de su relación con el viejo mundo. La muestra va precedida de un documentado y estimulante estudio, acompañado de una útil y pertinente bibliografía, en el que, lejos de limitarse a su comentario, se reflexiona sobre las cuestiones mucho más amplias y complejas que plantea el escribir acá siendo de allá, como la asunción de la lengua peninsular, la visión de España y las perplejidades de los escritores transmigratistas, que desde la subjetividad, como se señala en el estudio, coinciden “en que la escritura migra, inevitablemente con el ser, al que, finalmente, tras servirle de vehículo, da asilo” (p. 40).

Tras las consideraciones teóricas, el editor-cronista, jugando retóricamente con citas tomadas de Pedro Mártir de Anglería, rastrea la presencia de los escritores amerispánicos en España durante las que llama lúdica y provocativamente “décadas sudacas”, y más concretamente desde el año 2000 hasta el 2012, en diversas editoriales, algunas de reciente creación. El exhaustivo recorrido confirma la importancia que ha tenido y continúa teniendo la apuesta por

la introducción de nuevos nombres en sus catálogos. También se analiza el fenómeno de los concursos literarios, las antologías, así como de las revistas y los blogs. Esta puesta a punto, así como la consideración de algunas novelas significativas y de los propios textos de la *Novísima relación*, corrobora que, al igual que los españoles fueron al Nuevo Mundo para quedarse, del mismo modo estos autores han hecho el viaje inverso y están entre nosotros mirando a este viejo nuevo mundo de la España del siglo XXI desde su condición de desplazados. “Estamos aquí, somos de allá. He aquí una proposición simple para empezar” (p. 57), escribe Fernando Aínsa en *Travesías*.

Los veintidós textos, como se ha mencionado, se ordenan de la A a la Z, por el apellido de sus autores, de modo que el escritor más veterano, Fernando Aínsa, inaugura la serie, que termina con Slavko Zupcic y pasa por Santiago Ambao, Jorge Eduardo Banavides, Hernán Casciari, Leila Guerriero, Fernando Iwasaki o Consuelo Triviño, por citar a los más conocidos. De la lectura de todos ellos se desprende, además de la abrumadora presencia del “yo”, que el espacio donde se desarrollan estos textos de variada tipología se reduce (salvo puntuales excepciones como Cuenca o, curiosamente, los pueblos aragoneses de La Muela y Aguaviva), en primer lugar, a Madrid, y en segundo, a Barcelona, aunque pueda haber algún viaje por medio. En los relatos éstas son las ciudades donde los recién llegados se instalan más o menos precariamente, trabajan como cuidadores de ancianos o de animales, tratan de escribir y publicar, aunque sean libros voluntaria o involuntariamente robados y, en definitiva, entran en contacto con España y los españoles, pero también con otros inmigrantes. Las situaciones son distintas y aun opuestas. Así, encontramos a la joven loca de amor

de “Canción de amor de la joven loca”, de la chilena Claudia Apablaza, que termina lamentándose de que no la ven porque es “una maldita inmigrante, una maldita extranjera” (p. 83); al cuidador de un mapache que termina huyendo a Francia, como el mismo animal que da título al relato, del peruano Sergio Galarza; o el caso de un viejo, en el relato homónimo del argentino Santiago Ambao, a quien el protagonista piensa seriamente en matar, aunque al final no lo haga. También aparece el personaje que no encuentra trabajo, y cuya mujer debe prostituirse, en “La tarde limón”, del argentino Marcelo Luján; o el protagonista de “Metales rojos”, del chileno Rodrigo Díaz Cortez, un montador al que los jefes retienen los papeles que legalizarían su estancia en España.

En otras ocasiones se trata de un profesor que se instala en Cuenca con su familia para trabajar en la universidad, en “International School de Cuenca” del venezolano Slavko Zupcic; de un reportero que investiga el fenómeno de la repoblación argentina de Aguaviva, en “La patria madrastra” del chileno Juan Pablo Meneses; en “Diario de Alcalá”, de la argentina Leila Guerriero, una periodista realiza una estancia pagada en Alcalá; y en “Estancias pedregosas”, de la mexicana Daniela Tarazona, una estudiante de doctorado en Salamanca comparte su mayor preocupación: cómo ir vestida a la entrega de un premio literario. Porque no consiste sólo en sobrevivir, sino en reflejar los distintos modos de adaptación al nuevo país, que van desde el descubrimiento de las raíces a la confirmación de que el idioma común, más que unir, separa, como comprobamos en “La inmigración del ser” del mexicano Joaquín Guerrero-Casasola.

Las crónicas dan cuenta de temas más o menos actuales, como el caso de corrupción del ayuntamiento de La Muela (en la provincia de Zaragoza); el alistamiento de

inmigrantes en el ejército o los matrimonios de conveniencia en “Dos crónicas”, del peruano Martín Mucha; la venta de óvulos de la protagonista de “Adiós, ovocito, adiós”, de la peruana Gabriela Wiener o el experimento repoblador (ya citado) de Aguaviva, del chileno Juan Pablo Meneses, que pasa de ser un paraíso soñado a convertirse en una nueva Comala turolense. A lo anterior se unen las reflexiones serias de “Escribiendo en otra parte” de la colombiana Consuelo Triviño sobre la escritura y las humorísticas consideraciones del peruano Fernando Iwasaki, que proceden de su obra *El descubrimiento de España*, sobre los “españoles animados” y las canciones españolas en el Perú de su adolescencia. Finalmente, en los fragmentos de *España, perdiste*, el argentino Hernán Casciari reflexiona con inteligencia y humor sobre la conquista de España por los argentinos, a la vez que da cuenta de sus diferencias y desencuentros.

Esta *Novísima relación* se cierra con una amplia sección titulada “Materiales complementarios”, que “proporcionan algunas pautas de reflexión sobre el tema de la transmigración amerispánica” (p. 297). Tienen un interés mayor del que suelen suscitar las guías didácticas. La articulación de los cuatro bloques temáticos tiene una lógica interna. Las cuestiones planteadas se desarrollan en cuatro enunciados, como leemos en la nota previa: “I. Como en casa: cuestiones de hospitalidad y memoria” se ocupa de las relaciones entre el mundo americano y el español; “II. S/Z: la lengua (des)trabada” propone una reflexión sobre el lenguaje; “III. Malditos sudacas” estudia a los personajes como sujetos de la experiencia amerispánica” y “IV. Herederos de Fúlner” “se fija en las cuestiones más directamente relacionadas con lo literario y otros discursos” (p. 297). Esta tercera parte del libro, además de ayudar a la lectura inteligente de los textos leídos, proporciona otros materiales

de reflexión, tanto literarios como críticos, que enriquecen notablemente el estudio preliminar, manteniendo el tono aparentemente distendido que lo caracteriza y hace más placentero el oficio del lector. Para comprobarlo, basta con leer el apartado “Audaces sudacas” o los textos seleccionados para “El poder del idioma”.

La propuesta de Daniel Mesa es nueva, original, ya que supone una manera distinta de ver, de leer, a los escritores de allá que viven acá por razones que ya no sólo son las del exilio, sino de la transmigración, que lleva a la transmigra. En este viaje, como escribe su autor, “Los cronistas de esta novísima relación ponen en obra (y a prueba) esa experiencia, convirtiéndola, a veces, en experimento” (p. 40).

Rosa Pellicer
(Universidad de Zaragoza)

Francisca Noguero Jiméñez/María Ángeles Pérez-López/Ángel Esteban/Jesús Montoya Juárez (eds.): *Literatura más allá de la nación De lo centripeto y lo centrifugo en la narrativa hispanoamericana del siglo XXI*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert 2011. 213 páginas.

Los trabajos reunidos en este volumen sobre la narrativa hispanoamericana del incipiente siglo XXI muestran cómo, por efecto de la globalización, las naciones del subcontinente pierden su papel aglutinador y orientador. Por lo tanto, se diluyen las fronteras entre las literaturas nacionales, tan características de los siglos XIX y XX, al igual que se van desvaneciendo las fronteras entre las naciones, regiones, culturas y géneros literarios gracias al comercio internacional y los nuevos medios electrónicos de comunicación. Según Ángel Esteban y Jesús Montoya

Juárez, los novísimos escritores son *desterritorializados*, desvinculados de sus tierras y, a la vez, *multiterritorializados*, ya que viven en muchos países siendo su patria el mundo. El conflicto entre nación y globalización no se resuelve, sin embargo, anulando la primera, sino, como enseñan los ejemplos presentados, mediante la hibridación de ambas realidades, eso que Alfonso del Toro —entre otros— denomina “glocalización”. Buen ejemplo de ello es la novela póstuma de Guillermo Cabrera Infante, *La ninfa inconstante*, que mezcla, según Ángel Esteban, la pintura del estilo de vida frívola típicamente habanero-vedadense de los años sesenta/setenta, con el espíritu inglés (¡no norteamericano!) de su país de exilio, por el empleo continuo del chiste y el juego de palabras típicamente británico. Y Luis Manuel García Méndez presenta en “Dos mulatos posnacionales” dos obras de dos escritores nómadas, el dominicano Junot Díaz y el cubano José Manuel Prieto, con dos protagonistas tan cosmopolitas y migrantes como sus autores.

Los ensayos del volumen analizan poco los factores extracomunicacionales —étnicos, históricos y socioeconómicos— en el contexto de la globalización. No destacan la diferencia entre las naciones hispanoamericanas afines lingüística y culturalmente, ni la multitud de naciones europeas con sus diferentes lenguas y culturas. Tampoco toman en cuenta la resistencia de las culturas indígenas tradicionales. Mas la importancia del factor lingüístico-cultural en el proceso globalizador se admite tácitamente, ya que se incluye en la literatura desnacionalizada, también la que proviene de España, haciendo caso omiso de las fuerzas centrifugas, incluso nacionalistas, todavía hoy en día muy fuertes e institucionalizadas en la Península.

No es una casualidad que el choque cultural más profundo sea localizado por

los autores en las regiones limítrofes entre las dos comunidades étnicas y lingüísticas más distintas, la latinoamericana y la norteamericana. Sin embargo, los trabajos sobre México y Puerto Rico muestran que detrás del conflicto étnico-cultural yace la contradicción entre el mundo tradicional de los hispanos y la avanzada cultura tecnológico-industrial e informática del “primer mundo”, o sea, de los EE. UU.

Así, Ana Marco González describe, en “Y la línea me cruzó a mí. Escritura y frontera en el norte de México”, las diferencias conflictivas entre los mexicanos de ambos lados de la frontera. Según ella, esta frontera no sólo divide las dos culturas, sino que muestra también confluencias mutuas, “glocales”.

También el pueblo puertorriqueño está expuesto, según escribe María Caballero Wangüemert en “De la identidad a la ciudad en la narrativa puertorriqueña de entresiglos”, a la dominación cultural y lingüística directa de los EE. UU, a lo cual hay que agregar la división entre los isleños del mar Caribe y los puertorriqueños residentes en Nueva York,

Pero el cambio más profundo en relación con la crisis de los modelos nacionales que nos enseña la narrativa latinoamericana reciente es el ocurrido en la vida cotidiana de sus personajes, sumergidos en el mundo del ciberespacio, los medios electrónicos, los SMS, la música pop, el *kitsch*, las películas de horror norteamericanas, con su decidido rechazo de la alta cultura, tan cara a la literatura anterior, como subraya Karim Benmiloud en su análisis de *Los vivos y los muertos* de Edmundo Paz Soldán. Esta observación no es muy nueva, ya que a mi juicio se trata de una versión modernizada y “subcontinentalizada” de la Onda Mexicana de los años sesenta. Más innovadora es la comprobación de que los novísimos novelistas no sólo niegan lo nacional, sino también lo latinoamericano,

viviendo como nómadas en todas partes del mundo y escribiendo textos que como los de Volpi, Pitol o Bolaño, no denotan el país de origen del autor, y que se desarrollan en países y con personajes no latinoamericanos. En cambio, hace medio siglo todavía, el colombiano Eduardo Caballero Calderón utilizó sus experiencias parisinas para expresar lo latinoamericano en *El buen salvaje*, según nos dice Consuelo Triviño Anzola.

Algunos escritores no identifican lo latinoamericano con el desarrollo posmoderno de Occidente, sino, muy al contrario, con el poscolonial del tercer mundo: la globalización conlleva, según ellos, una modernización sólo parcial, y produce nueva pobreza e indigencia. Por eso, Jesús Montoya Juárez, en su ensayo sobre la reescritura de la identidad uruguaya, habla de “campo”, “cuarto mundo”, “vida a la intemperie” y “vida nuda” (pp. 47-48), de masas pobres y hambrientas en ese país. Según escribe este crítico, Uruguay deja de ser la “Suiza de América Latina” (con su régimen democrático y su desarrollado sistema de educación y cultura) y la meca de inmigrantes del mundo entero, para convertirse en un país de pobreza, autocracia y masiva emigración hacia los países occidentales más ricos.

De ahí el tono pesimista y hasta apocalíptico que detecta Francisca Nogueroles Jiménez en “Utopías intersticiales: la batalla contra el desencanto en la última narrativa latinoamericana”, donde las “utopías intersticiales” significan el alcance de algunos pequeños progresos en el desarrollo de la sociedad. De igual manera, Erika Martínez Cabrera descubre en la novela *Plop* de Rafael Pinedo una tendencia posapocalíptica, ya que el protagonista argentino vive en un mundo de “desterritorialización absoluta” y de “basura omnipresente” producido por el “neoliberalismo globalizado” (p. 79).

Lo dicho sobre la novela vale igualmente para el cuento latinoamericano, caracterizado tanto por su rechazo de cualquier referencia a América Latina como por su hibridez formal, que lo lleva a fusionarse con la novela, según escribe Adelaide de Chatellus en “Del cuento hispanoamericano a las formas breves de lengua castellana”. Otro rasgo universalista del relato latinoamericano posmoderno es la aparición del “nanocuento”, narración mucho más breve y desnuda que el tradicional cuento de Borges, Quiroga, Cortázar o Carpentier. Esta tendencia resulta del análisis que Álvaro Salvador hace de la obra del argentino Andrés Neumann, de quien se reproducen al final del volumen una serie de minitextos. La nueva cuentística latinoamericana constituye también —a mi juicio—, con su desnudez y minimalismo, una negación del barroquismo descriptivo y de la enorme voluminosidad del *boom*.

La actual superproducción de libros invendibles en Hispanoamérica no se debe tanto, como sugiere Reinaldo Laddaga, a cálculos erróneos de las editoriales, como al cambio de las costumbres lectoras de un público que, al igual que los personajes de las nuevas ficciones posmodernas, prefiere cada vez más la literatura electrónica a la letra impresa.

Hans-Otto Dill
(Berlin)